



Diego Rivera 1931

La contemporaneidad del pasado

George Steiner

Georges Duby, *Guillermo el Mariscal*, trad. Carmen López Alonso, Madrid, Alianza Editorial, 1985, 175 pp.

Reunida alrededor de una publicación famosa, *Annales*, una escuela de historiadores económicos y sociales franceses —Fernand Braudel tal vez era el más conocido de ellos— ha alterado y agudizado toda nuestra idea del pasado. Por medio de los estudios técnicos publicados en *Annales*, y los brillantes libros de divulgación y discusión general que han publicado los colaboradores de *Annales*, se le ha dado una inmediatez fresca al papel vital del recuerdo en nuestra cultura. Apartándose de la historia pública en el viejo estilo —de las narraciones de los grandes acontecimientos enfocadas dinástica, militar y biográficamente, tal como las hallamos en los historiadores del siglo XIX—, los “analistas” han inves-

tigado la vida diaria, las emociones privadas, el delicado pero fundamental intercambio entre las modificaciones tecnológicas y las crisis y los reacomodos de la sensibilidad de los hombres y mujeres comunes que son el movimiento perpetuo debajo de la espuma y de las burbujas esparcidas de las batallas, los líos de la realeza y el circo de la política.

Siguiendo las obras pioneras de Henri Pirenne, Marc Bloch, Lucien Febvre, la escuela de *Annales* ha intentado trazar la historia de las actividades mentales de los hombres, de sus creencias, gustos e imagen del mundo bajo la presión formadora de las circunstancias materiales, climáticas e incluso psicológicas. La comida que consumen hombres y mujeres en distintos niveles económicos y en distintas zonas geográficas en una cultura dada, la arquitectura doméstica, el alumbrado, el hogar o la ausencia de hogar dentro del cual viven su existencia privada y

profesional son la substancia misma de la historia y del cambio histórico. (En el contexto de Estados Unidos, la obra de Daniel Boorstin ejemplifica este control cotidiano, esta concreción visionaria de la intuición sociopsicológica.) ¿Cómo se les ha percibido a los niños en diferentes momentos de la historia occidental? ¿Cuáles han sido la economía, el ritual, la domesticación metafórica de la muerte, de la enfermedad mortal, del entierro y del sepelio? (En estos dos temas, la obra fundamental es la que ha realizado Philippe Ariés.) El surgimiento de los anteojos transforma facetas innumerables de la experiencia personal, del conocimiento y el uso del espacio, y, ciertamente, del tiempo. (Junto con la mejora del alumbrado, vuelve crucialmente asequible la lectura, el trabajo de cualquier tipo, las horas dominadas previamente por las tinieblas.) Pero, pregunta Febvre en una de sus conjeturas más llama-

tivas, ¿no debilitan al sentido del olfato, a la discriminación precisa de los olores, que es importantísima para el cazador, para la comunidad rural primitiva y, hasta finales del siglo XV, para el caminante, el aire y las calles de los pueblos y ciudades europeos, a menudo fétidos, irrespirables, envenenados? ¿Cuáles eran las cadencias, las agendas de la vida cotidiana en el mundo occidental antes de la asequibilidad de los relojes personajes y portables; antes de que el hombre o la mujer, con sólo mirar un reloj, pudieran decirse a sí mismos o a los otros "Llegué temprano", "Se te hizo tarde", "Me tengo que ir para llegar a mi siguiente cita"? ¿De qué manera son consecuencia de los cambios materiales y sociológicos hasta nuestras experiencias psíquicas íntimas, espontáneas? Opacada mucho tiempo por el enfoque fundamentalmente anti-histórico del psicoanálisis, la comprensión de que los sueños tienen su historia, sus determinantes sociales, en la actualidad se están documentando sus distintas estrategias de miedo o de deseo satisfecho. En la visión de *Annales*, la semilla del marxismo está activa de una manera dinámica. Pero esta visión y su aplicación son de un tipo bastante más sutil y más humanamente perceptivo. Los factores económicos y sociales son muy importantes, pero también lo son las energías autónomas de la imaginación, de la sinrazón, de la espiritualidad. De aquí la atención inspirada, el tacto estimulante que Bloch, Febvre, Emmanuel Le Roy Ladurie, le han dado en la civilización occidental a la ubicuidad del papel, posiblemente paradójico, objetivamente tal vez sin ningún fundamento, de las creencias y las instituciones religiosas.

Gran parte de esta manera de acercarse a las cosas está relacionada con las pacientes especificaciones de la novela clásica. Si Marx y Michelet son sus ancestros directos, también lo son Scott y Flaubert. En ambos géneros, el documento alimenta a la intuición y el archivo sirve de testigo. Pero lo que resulta deslumbrante es la fuerza de las técnicas de *Annales* cuando se aplican a sociedades y épocas en las que casi no se produjeron evidencias escritas. Gracias en gran medida al academicismo imaginativo de Georges Duby, profesor en el College de France, cada vez se apartan más las tinieblas de la Edad Media. Basándose en una inteligente investigación sobre la historia de los climas, sobre la arqueología urbana y rural, y apoyándose en las nuevas aportaciones que ofrecen los análisis químicos sobre la dieta, la salud y el medio biológico en general, Duby ha restaurado con imaginación exacta aquel mundo de grandes bosques, granjas aisladas, reclusorios monásticos y urbanismo romano en decadencia sobre el cual se desarrolló la Europa feudal. Al extender sus investigaciones hacia los siglos XII y XIII, Duby ha hecho bastante por aclarar los opacos conflictos recurrentes de la latinidad cristiana y de los modos de la autonomía y la violencia que condujeron a la concepción occidental del matrimonio, el incesto, la organización familiar. Vía la arquitectura y el derecho canónico, Duby ha trazado el crecimiento de las grandes órdenes monásticas —de los cistercienses en particular— sobre el mapa irregular de una "pre-Europa" parcialmente pagana, a menudo anárquica. Los rasgos decisivos de la experiencia mental y física que quedan en medio —que relacionan

a la antigüedad clásica tardía con la incipiente del estado-nación— ahora están saliendo a la luz. En libros como *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo* y *El caballero, la dama y el cura*, Duby ha demostrado que es un geólogo maestro del inconsciente.

En contraste con algunos de los estudios anteriores de Duby, su libro *Guillermo el Mariscal* se basa en documentos específicos de un guerrero y señor feudal francés del siglo XII, un tal Guillermo el Mariscal, que nació c. 1145 y murió en su habitación en la primavera de 1219. A nosotros ha llegado —por un golpe de suerte—, *Histoire de Guillaume le Maréchal*, la única copia del manuscrito de esta historia, hecha por un copista no del todo competente para lidiar con la lengua refinada del original. Pero "las obras maestras tienen la vida más larga", observa Duby. La memoria consiste en ciento veintisiete hojas de pergamino —;no falta una sola!—, y en los extremos de cada hoja hay dos columnas paralelas de treinta y ocho líneas: un poema narrativo biográfico de casi veinte mil versos. Está escrito en francés angevino, la ágil lengua musical de esa región de Francia que sigue siendo considerada como la tierra natal de lo que es más puro en el lenguaje. Al comienzo del siglo XIII, el francés angevino era la lengua que hablaban la corte inglesa y los círculos elevados de la sociedad. El promotor del documento fue el hijo de Guillermo el Mariscal, que también se llamaba Guillermo. Siete años tardó en reunir el material. El hijo mayor le debe la fidelidad del recuerdo a su ilustre padre. Del poeta verdadero no sabemos otra cosa más que el nombre Jean. Duby dice: "Es un escritor soberbio: palabras muy frescas, muy ajustadas;

una narración límpida, el arte de animar a los personajes, de conducir un diálogo, de mostrar; cumplió a la perfección su tarea: mostrar al conde en 'presente' para darle 'vida'." También es un historiador de escrúpulos excepcionales, que busca distinguir el hecho cierto del aura de leyenda. En un grado tal vez único en las percepciones medievales, añade Duby, el poeta-biógrafo conoce que en la *estoire* —en la historia sería, que es verdad— "nadie debe mentir conscientemente". Es alguien que busca verdades, un *trouveur* en el sentido etimológico exacto. Y Duby recaptura la presencia, y hace un eco feliz de los trabajos, de este Jean le Trouvere.

Comienza con la muerte de nuestro héroe. En el método de *Annales*, los ritos del deceso —las divisiones de propiedad que pueden traer la muerte del padre o señor, los usos sociales y simbólicos que rodean a la muerte, la economía del entierro y del sepelio— son una clave. Ofrecen al historiador una percepción privilegiada no sólo del cuerpo político relevante y de la fábrica de las relaciones físico-sociales, sino también del dominio central de la representación del mundo implícita dentro de la cual una cultura discute, conceptualiza, disfraza terapéuticamente su sentido de la distancia adecuada entre este mundo y el siguiente. La despedida de Guillermo el Mariscal a esta tierra es ejemplar en su atención a los deberes privados y públicos:

Esa tarde, por última vez, vio a sus cinco hijas, y cuando las volvió a enviar con su madre, él, siempre tan dueño de sí mismo, se sintió, al parecer, muy conmovido. Tragándose su pe-

na, pasa rápidamente a los asuntos serios, y describe detalladamente a su hijo la disposición que quiere dar a sus funerales: que Guillermo el Joven esté lo más cerca posible de él cuando entre, cuando su cuerpo entre en Londres. Quiere también que se piense en los pobres; su bandada, no lo duda, va a aglutinarse en el cortejo. No se ve con frecuencia un servicio de tal opulencia. Decide que al menos cien de estos pobres serán alimentados, colmados, vestidos después de la fiesta.

El señor agonizante debe despojarse de sus tesoros terrenales para que su peso no lo arrastre hacia el infierno. Deben vaciarse sus cajas fuertes y arcones, sus cofres y su amplio guardarropa. Se hacen donativos a los monjes y a los clérigos que habrán de rezar por la salvación del señor, y a los que han sido sirvientes fieles y a los familiares de su casa:

El Mariscal es un buen señor. Es bajo este aspecto como quiere permanecer en el recuerdo de los suyos, en la plenitud de las virtudes que convienen a su estado, que son de generosidad fastuosa. Se pasó entonces la noche con el reparto de la marta cebellina, de la seda, de la piel. Todos los caballeros se pusieron lo que de más bello había llevado su señor. Lo poco que quedaba, lo menos bueno, se dejó a los pobres.

El comentario de Duby es agudo: "En cada uno de aquéllos que llevaban estos aderezos se podría creer que el moribundo recobraba vida". Ahora, sólo en posesión de su mortaja, el conde

mariscal del lugar está listo para el viaje.

En ese viaje, el momento de la muerte es sólo una etapa. El cortejo funerario se detiene en la iglesia abacial de Reading, entonces en Staines. Los condes de la región se reúnen alrededor de los restos mortales de su par. Estos restos santificados, además, no eran mudos. Como explicó el arzobispo de Canterbury durante el servicio funerario, la reducción de "aquel que se alzó a la cima de los valores humanos" a un poco de tierra era para cada cristiano una prueba elocuente de la vanidad de las cosas terrenas. Cuando las noticias de estas solemnidades llegaron a la corte real francesa, Guillermo el Mariscal fue proclamado "el primer lugarteniente de Dios en la tierra. . . el mejor de los caballeros". Alcanzar tal renombre no fue fácil.

Durante los setenta y cinco años que cubre la narración de Jean le Trouvere, la Inglaterra de los Plantagenet, la corona francesa y la casa rival de Aquitania tuvieron un conflicto más o menos abierto. La aristocracia anglo-normanda estaba dividida de una manera compleja, en virtud de su uso del francés angevino y normando y en virtud de su ascendencia inmediata de los guerreros piratas de la conquista normanda. Muy gradualmente, una parte de ese grupo baronial empezó a sentirse inglés. Pero incluso después de que Felipe Augusto de Francia reconquistó Normandía, Maine y Anjou, los caballeros ingleses se sintieron totalmente en su casa con sus parientes adversarios del otro lado del canal. Los paganos y los hombres de Aquitania no eran otra cosa. Fue en este tenso medio político que Guillermo, segundo hijo de Juan el Mariscal, que era

seguidor de Enrique Plantagenet, aprendió el arte de las armas. Muy chico, el hijo es enviado a Normandía para entrenarse en la casa del chambelán del rey, un tal Guillermo de Tancarville. Así, Guillermo entra a las "mallas de la amistad deferente" del pupilaje —que dura unos ocho años—, crucial para el sistema feudal. Nuestro joven es armado caballero, muy probablemente, en la primavera de 1167. Como no es el primogénito, Guillermo el Mariscal entra a su carrera de caballero únicamente con su espada y su camisa de malla, muy dañada en su primer encuentro.

El único camino para el progreso material estaba en los torneos. En estas batallas fingidas, a menudo sangrientas, el oponente desmontado y derrotado tenía que pagar rescate. De esta manera, el triunfante joven retador podía adquirir armas, caballos de guerra —un requisito absolutamente vital— y dinero en efectivo. La suerte sonrío a los temerarios.

Un villano rebelde, el señor de Lusignan, osó emboscar a Leonor de Aquitania, la reina de Inglaterra. Guillermo el Mariscal era de la escolta y se arrojó a la contienda. Herido gravemente, sus asaltantes lo atraparon. Leonor, conmovida por la bravura sin escrúpulos del joven caballero, ofreció rehenes por la libertad del joven y lo puso a su servicio. De unos veinticinco años de edad, Guillermo el Mariscal se convirtió entonces en un sirviente cercano a la corona, un íntimo de la casa del soberano. Durante las luchas dinásticas de 1173-74, Guillermo el Mariscal fue completamente leal al hijo rebelde del rey, a quien lo designó Enrique II. Tal fidelidad debía prevalecer por encima de todas las demás obligaciones, y cuando Enrique II perdonó a su Absalom

no le guardó resentimientos a Guillermo. De regreso a Francia y Flandes, Guillermo volvió a destacar en el arte salvaje y rapaz del torneo. Sus hazañas se convirtieron en leyenda: entre un Pentecostés y la Pascua siguiente, Guillermo el Mariscal y su compañero de armas flamenco, Roger de Gaugi, capturaron a ciento tres caballeros. Con estas victorias vino el ascenso social. Para 1187, el indigente cuarto hijo de Juan el Mariscal estaba en el nivel más alto de la aristocrática sociedad caballeresca. Sin embargo, seguía siendo pobre. Después, un matrimonio brillante, arreglado por el rey como recompensa por sus hazañas de vasallo, le dio sesenta y cinco feudos y medio. Guillermo se lleva literalmente a Isabel, doncella de Striguil. Un amigo pone el lecho nupcial. Guillermo el Mariscal tiene ahora cerca de cincuenta años, escribe Duby:

Por fin ha salido de la juventud. Esta noche, esforzándose en desflorar a la doncella de Striguil, en embarazarla, ha franqueado el paso, se ha colocado en el buen lado, en el de los "señores". Su fortuna —no le hace falta más—, su muy grande fortuna está hecha.

Guillermo el Mariscal se convertirá en conde de Pembroke; logrará una gran victoria para su soberano en la batalla de Lincoln, en el verano de 1217. Al prepararse para morir, Guillermo puede ver su casa tan ilustre, tan adinerada, tan poblada de jóvenes leones como cualquiera de las que él conoció en su juventud combativa. Por otra parte, apenas hay una extremidad, una fibra del cuerpo del cual pronto habrá de separarse, que no lleve las cic-

trices, la renta dolorosa, del castigo físico: de las cabalgatas llagantes por tierras devastadas, de las travesías por el Canal en balsas agitadas, del calor mortal y las espinas venenosas de Tierra Santa (Guillermo el Mariscal fue un cruzado en 1185-87.) El poema exalta el peligro y las penas. Las últimas palabras del Mariscal son precisamente las de la batalla: "No puedo defenderme de la muerte".

Es la humanidad vehemente de este texto singular lo que inquieta a la imaginación. No contamos con nada como esto entre las *Confesiones* de San Agustín y la gran autobiografía de Benvenuto Cellini. Como enfatizaba Duby, la *Histoire de Guillaume le Maréchal*, que el eminente medievalista Paul Meyer publicó por primera vez en 1891-1901, es una invaluable fuente de información sobre la práctica de la guerra, sobre los patrones de la conducta caballeresca, sobre las relaciones de propiedad y el lugar de las mujeres en el orden feudal de la Europa occidental. Su relato tumultuoso y lúcido de algunos de los torneos relevantes en los que destacó el héroe es lo mejor que tenemos de esta institución esencial y en muchos sentidos esotérica. Pero lo que más importa es la proximidad que nos hace sentir, como si estuviéramos en contacto directo con todo un ser humano de un mundo terriblemente lejano y al mismo tiempo cerca del nuestro. Esto se debe, en parte, a una cuestión de geografía, a la habilidad del poeta para darle a cada uno de los episodios una habitación local y un nombre. Desde entonces, Tancarville ha conocido otras batallas terribles: Winchester Reading, los puertos del canal, los campos bajos de los alrededores de Lincoln conservan suficiente de

la densa contemporaneidad del pasado para que nosotros imaginemos el paso de Guillermo el Mariscal. También puede ser que nuestra sensación de cercanía con esta antigua crónica tenga una razón más triste. Nuestra época es también una época de

rehenes y de violencia homicida, de ambición armada y subterfugio político. De lo que sabemos muy poco es de aquellos códigos de magnanimidad, de aquellos intervalos pactados entre oponentes —la *Pax Dei*—, aquellos hábitos de perdón que inspiraran el ideal

y en momentos la práctica de un “perfecto caballero gentil”. Hay sonido de campanas en la famosa frase de Chaucer como de una esperanza irrecuperable.

Traducción de Antonio Saborit
tomado de *The New Yorker*.

Una crítica al poder estatal

Andrea Revueltas

Enrique Montalvo, *El nacionalismo contra la nación*, México, Editorial Grijalbo, S.A., 1986, 161 pp.

A pesar del tiempo transcurrido, la revolución de 1910 y el estado que surgió de ella siguen siendo objeto de estudio y de debate. Refiriéndose a la revolución francesa, Henri Lefebvre dice: “Pocos episodios históricos han padecido tantas trituraciones como la revolución francesa. Cada historiador ha tomado de este monstruo maravilloso un pedazo de carne para hacer de él su botín”, y agrega más adelante como explicación: “en tanto que fenómeno total, semejante revolución tiene algo de inagotable”. Evidentemente, podríamos decir algo semejante en relación a la revolución mexicana; sin embargo, la *mitificación* de la revolución y la *fetichización* del nuevo estado a través de la ideología estatalista, han contribuido de manera determinante a obscurecer la comprensión del proceso; de ahí deriva la importancia del libro de Enrique Montalvo, *El nacionalismo contra la nación*, quien sitúa el estudio de la naturaleza del estado mexi-

cano en una perspectiva que implica una crítica del poder y de la ideología que le sirve de sustento.

Este libro propone una reinterpretación del estado moderno mexicano y de la manera como se constituye y consolida el poder, señalando la importancia que tiene en este proceso el nacionalismo como ideología unificadora y legitimadora que contribuye al fortalecimiento de dicho poder. Asimismo, esta tarea de reinterpretación lo lleva a hacer una revisión crítica de los estudios existentes sobre el estado mexicano.

Varios son los méritos del texto; y entre ellos destacan:

— El estudio del estado mexicano como variante —que reviste peculiaridades específicas— de un proceso universal inserto en la historia contemporánea.

— El análisis del nacionalismo como ideología estatalista, que refuerza y consolida el poder de los grupos dominantes (burocracia y burguesía).

— La crítica contra el poder y la ideología que lo sustenta, como requisito indispensable para poder llevar a cabo el ejercicio de una verdadera democracia.

Al ubicar el análisis del estado mexicano en el contexto de modernización de la sociedad capitalista contemporánea (proceso que comenzó a gestarse a finales del siglo XIX, y alcanzó su consolidación en los años treinta. Que se caracteriza por la creación de una nueva configuración estatal y de nuevas relaciones de poder, en las que el estado asume un papel preeminente: sus funciones crecen, se multiplican y extienden, interviniendo de manera directa o indirecta en la economía y en la reproducción global de la sociedad, organizando y controlando las relaciones sociales a través de organismos e instituciones corporativas dando lugar a lo que se suele denominar “capitalismo organizado” y “estado social”), el autor no olvida ni los aspectos generales ni los particulares para caracterizar, en su concreción, al fenómeno mexicano. De esta manera, desbarata los argumentos que sirvieron durante mucho tiempo, y en particular en el periodo cardenista, para sustentar los mitos que “explicaban” al estado mexicano y que facilitaron el control y la sumisión de los trabajadores, a saber, que era una